
REVISTA ENERGETICA



23

OLADE
Organización Latinoamericana de Energía
CENTRO DE INFORMACION

olade

Organización Latinoamericana
de Energía

ENERO/FEBRERO 1982

EDITORIAL **olade** PERSPECTIVAS DEL PLACE **olade**
EL PLACE Y LA COOPERACION LATINOAMERICANA **olade**
ENERGIA Y DESARROLLO **olade** TIPOLOGIA PARA EL
ANALISIS DE LA SITUACION ENERGETICA DE AMERICA
LATINA **olade** DIAGNOSTICO DE LA SITUACION ENER-
GETICA DE AMERICA LATINA: TECNOLOGIAS ENERGETI-
CAS DISPONIBLES Y REQUERIMIENTOS.

PERSPECTIVAS DEL PLACE

Por Jaime Moncayo García
ASESOR DEL PLACE

El PLACE constituye un gran desafío a la capacidad de acción de los latinoamericanos y a su decisión de ser protagonistas en la orientación de su propio destino.

En una época particularmente difícil y conflictiva, en la que tiende a prevalecer la ley del más fuerte, en la que se agudizan los obstáculos al desarrollo de nuestros países, bien por factores externos provenientes de la injusta estructura de poder mundial prevalente, bien por problemas estructurales internos que alientan la concentración de la riqueza y de las oportunidades y hacen más difícil la formación de sociedades justas, democráticas e independientes, se renueva el optimismo en el futuro, al constatar que los latinoamericanos, por encima de sus diferencias, son capaces de emprender en programas imaginativos de cooperación, capaces de dar renovado vigor al principio de solidaridad, buscando aunar esfuerzos ante los problemas energéticos que son, sin duda, de los más cruciales que habrán de enfrentar y superar en el futuro.

Aún si se lograran introducir importantes modificaciones en los actuales modelos de desarrollo, es incuestionable que los requerimientos de energía aumentarán constantemente en América Latina, puesto que están directamente vinculados al crecimiento económico, que es un factor imprescindible del desarrollo. Un ritmo de crecimiento similar al histórico, de cerca de seis por ciento anual, con un incremento demográfico cercano al tres por ciento, implica la duplicación del consumo de energía cada diez años. Mediante el uso más racional de los recursos, esa magnitud puede servir para sustentar un crecimiento económico y más deseable.

Por tanto, el disponer de la energía suficiente ha pasado a constituir uno de los desafíos fundamentales para los países de la Región, lo cual no puede lograr-

se con la mera continuidad de comportamiento anterior, o aumentando la dependencia del capital extranjero y de las empresas transnacionales, ni solamente con la esperanza de obtener mayores recursos derivados de las exportaciones, que permita importar la energía necesaria.

Tampoco es social ni políticamente aceptable el plantearse el congelamiento o la reducción del consumo energético, puesto que ello significaría consolidar, profundizar la marginación y la pobreza de las grandes mayorías nacionales.

Es indispensable, entonces, recurrir a los recursos naturales, humanos, técnicos y financieros con que cuentan los países latinoamericanos, como base de sustentación de las políticas energéticas. Esta necesidad evidente conlleva grandes implicaciones políticas, que son a la vez la clave del éxito o del fracaso de la OLADE y de su más reciente instrumento, el PLACE.

Al respecto, es satisfactorio constatar que las áreas de cooperación en las que se propone emprender el PLACE han sido objeto de cuidadosa selección y responden tanto a necesidades prioritarias cuanto a propósitos viables de llevar a cabo, sin caer en el espejismo de sobredimensionar las posibilidades, ni agotar su enumeración para luego sufrir el desengaño del abismo entre el concepto y la acción.

La planificación y la formulación de políticas energéticas, la identificación, aprovechamiento y racionalización del uso de los recursos energéticos, la cooperación tecnológica y la formación de recursos humanos; impulsar el abastecimiento energético regional, la información, el asesoramiento y la cooperación financiera necesaria, constituye un conjunto de áreas que pueden ofrecer un aporte de fundamental importancia para cada país latinoamericano, a fin de coadyuvar a la solución de sus respectivos problemas ener-

géticos. Las prioridades serán diversas para cada cual, como reflejo de las diferencias de situación y de nivel que existen entre ellos, lo que obligará a llevar a cabo programas cuidadosamente balanceados y dinámicos que contemplen, con suficiente voluntad política, los intereses individuales y de conjunto.

Sin entrar al análisis particularizado de las áreas de cooperación, es del caso singularizar un cambio de actitud y de comportamiento que es imprescindible para el éxito del Programa.

Es insoslayable la necesidad de diversificar las fuentes de energía y reducir la creciente dependencia del petróleo. Ello demanda un esfuerzo de prospección de recursos sustancialmente mayor y más eficiente que en el pasado, volcando hacia ese propósito toda la capacidad regional disponible, en forma sistemática e intensa, fundada en los principios de solidaridad y de cooperación, sin paternalismos ni dádivas aparentemente filantrópicas, sino mediante una equitativa distribución de beneficios.

Ello requiere un cambio de actitud en lo que respecta a la utilización cada vez mayor de la capacidad regional, en diversas formas de asociación y de operatividad, para intensificar la prospección, exploración y utilización de recursos energéticos, de acuerdo con las disponibilidades físicas de cada país.

Estos campos han sido tradicionalmente controlados por las transnacionales de los países industrializados que se han dedicado, fundamentalmente, a desarrollar recursos abundantes y de más fácil acceso, con el propósito de generar importantes excedentes destinados a sus países de origen, obteniendo cuantiosas utilidades.

El aprovechamiento de recursos relativamente modestos, dedicados primordialmente a satisfacer ne-

cesidades internas no ha sido de su interés. Esta política se va a acentuar en el futuro, frente al imperativo de obtener crecientes flujos de energía que tienen los países más avanzados.

La utilización de la capacidad regional, en estas circunstancias, no constituye que requiere la adopción de normas y de mecanismos equitativos que permitan el desarrollo energético latinoamericano, generando a la vez utilidades adecuadas para quienes ofrezcan esos servicios, con el auxilio de facilidades de financiamiento y de cobertura de riesgos debidamente compartidos.

Esta nueva actitud contribuiría a la vez al desarrollo tecnológico y empresarial de la Región y crearía nuevas corrientes de comercio y de relacionamiento financiero que van a ser fundamentales frente a difíciles perspectivas que ofrecen los mercados mundiales. Puede ser de particular importancia para los países menos adelantados y de recursos escasos, a la vez que muy atractiva para los países más avanzados de la Región. Se produce, entonces, una confluencia de intereses que coincide con una etapa en que la unidad de esfuerzos es uno de los pocos medios con que se cuenta para aumentar la capacidad individual de negociación y tomar posibles soluciones energéticas propias e independientes.

Lograremos éstos cambios oportunamente? Se producirán sin reproducir a escala regional las prácticas del más fuerte y los esquemas de dominación que nuestros pueblos desean transformar? Las respuestas a estas interrogantes comprometen la autoridad moral de América Latina, en su accionar para la construcción de un nuevo orden internacional. Seamos optimistas. La aprobación del PLACE ofrece nuevas oportunidades a los latinoamericanos y es un buen ejemplo para los demás países en desarrollo.

REVISTA ENERGETICA



Latin American Energy
Organization

JANUARY - FEBRUARY 1982

PERSPECTIVES OF THE PLACE **olade** THE PLACE AND LATIN
AMERICAN COOPERATION **olade** ENERGY AND DEVELOP-
MENT **olade** THE LATIN AMERICAN ENERGY PROBLEM: A
TYPOLOGICAL STUDY **olade** AN ANALYSIS OF THE ENERGY
SITUATION IN LATIN AMERICA: THE AVAILABILITY OF
REQUIRED ENERGY TECHNOLOGIES

PERSPECTIVES OF THE P.L.A.C.E.

JAIME MONCAYO GARCIA

The Latin American Energy Cooperation Program (PLACE) constitutes a great challenge to the Latin American countries' capacity for action and to their decision to be protagonists in the orientation of their own destiny.

This is a particularly difficult and conflictive era, in which the law of the survival of the fittest prevails and in which obstacles have become greater for the development of our countries, both because of external factors originating in the current, unjust structure of world power and because of internal structural problems that encourage the concentration of wealth and opportunities, making it more difficult to create just, democratic, and independent societies. Nonetheless, the outlook for the future is optimistic when one considers that if we Latin Americans put aside our differences, we are capable of undertaking imaginative cooperation programs, giving renewed vigor to the principle of solidarity and joining forces to cope with the energy problems which undoubtedly figure among the most crucial ones confronting humanity now and in the future.

Even if important modifications are introduced in the current development models, it is unquestionable that the Latin American energy requirements will constantly increase since they are directly linked to economic growth, which is a vital factor in development. A growth rate similar to the historical one of nearly 6% annually, along-side a demographic increase of almost 3%, implies the doubling of energy consumption every ten years. Through the more rational use of resources, this magnitude can sustain a higher economic growth rate, which would be more desirable.

Therefore, guaranteeing the availability of sufficient energy has come to constitute one of the fundamental challenges for the countries of the region. This cannot be accomplished by merely continuing with

old behaviors, by increasing the dependency on foreign capital and on the transnational companies, nor by hoping to obtain more resources from the sale of exports and thus permitting the importation of the energy required.

Neither is it socially nor politically acceptable to propose the freezing or reduction of energy consumption since that would mean consolidating and heightening the marginality and poverty of large national majorities.

It is imperative, then, to look to the natural, human, technical, and financial resources available in the Latin American countries, as a basis for energy policies.

This evident necessity has great political implications which are, in turn, the key to the success or failure of OLADE and of its most recent instrument, the PLACE.

In this regard, it is satisfying to note that the areas of cooperation in which it is proposed to implement the PLACE have been the object of careful selection, and they respond not only to priority needs but to viable purposes as well, without overestimating or exhausting the possibilities, only to be disappointed later by the wide gap between concept and action.

The planning and formulation of energy policies; the identification, development, and rationalization of the use of the energy resources; technological cooperation and the training of human resources; the promotion of a regional energy supply; and the necessary information, advising, and financial cooperation constitute areas that can make a contribution of fundamental importance to each and every one of the Latin American countries, in order to aid in solving their respective energy problems. The priorities will

be different for each one, a reflection of the different situations and levels that exist among them. This will oblige carefully balanced, dynamic programs to be carried out, contemplating with sufficient political will the interests of the countries individually and as a whole.

Without going into an in-depth analysis of each of the areas of cooperation, it is worth singling out that a change in attitude and behavior is imperative for the success of the Program.

There is an urgent need to diversify the energy sources and to reduce the growing dependency on oil. This will require substantially greater, more efficient efforts at prospecting for resources than in the past, gearing all of the available regional capacity in this direction, systematically and intensively, on the basis of the principles of solidarity and cooperation, without paternalism nor apparently philanthropic aid, in the search for an equitable distribution of benefits.

This will call for a change in attitude and an increasingly greater use of the regional capacity through various forms of associations and operations, to intensify the prospecting, exploration, and utilization of energy resources, in accordance with the physical availabilities of each country.

These fields have traditionally been controlled by the transnational companies of the industrialized countries, which have basically dedicated themselves to the development of abundant, easily accessible resources, in order to generate large surpluses and profits destined to their own countries.

The development of relatively modest resources, dedicated primarily to the satisfaction of internal

needs, has not interested them. This policy is going to become even more accentuated in the future, given the imperative need to obtain increasingly larger flows of energy such as those of the more advanced countries.

Under these circumstances, the use of the regional capacity does not constitute a commercial preference but rather an urgent necessity that requires the adoption of equitable mechanisms and standards facilitating Latin American energy development while generating suitable profits for those who provide the necessary services, with the aid of financial facilities and duly shared risks.

This new attitude would at the same time contribute to technical and commercial development in the region and would create new lines of trade and financial relations; these will be fundamental in coping with the difficult prospects for the world markets. It can be particularly important for the less-developed countries and those with fewer resources, and more attractive for the more advanced countries of the region. A confluence of interests is then produced, coinciding with a stage in which unified efforts is one of the few ways to increase individual negotiating capacity and to generate one's own, independent solutions to the energy problem.

Will we be able to accomplish these changes in time? Can they occur without reproducing on a regional scale the phenomenon of the survival of the strongest or the schemes of domination that our peoples desire to transform? The answer to these questions requires the moral commitment of Latin America to create a new international order. Let's be optimistic. The approval of the PLACE offers new opportunities to Latin Americans, and it sets a good example for other developing countries.